jueves 24 de junio de 2004

EDICIÓN IMPRESA - la tercera

O BLANCO O NEGRO

Por CARLOS SECO SERRANO de la Real Academia de la Historia/

SIEMPRE me ha sobrecogido -por lo erróneo del planteamiento y lo catastrófico de sus consecuencias- la tendencia de los españoles a reducir los términos de cualquier diferencia a afirmaciones -y exclusiones- absolutas. Sin términos medios: negro o blanco, malo o bueno -malos o buenos-, benditos o malditos: apelación a una guerra civil siempre latente. Un eminente español -atípico-, Baltasar Gracián, tras recordar el consejo de Horacio -«Medio hay en las cosas; tú no vayas por los extremos»-, remachaba: «Ve por medio y correrás seguro». Recomendación que ha caído siempre en vacío: aquí no cabe el «sí, pero...» Que es como decir lo ajeno que está el temperamento español a un espíritu auténticamente liberal -hablo del liberalismo moral, tal como lo definió alguna vez otro español atípico, Gregorio Marañón: «Cuando hay que elegir entre uno y otro lado de la barricada, el liberal, el pobre liberal... no sabe lo que hacer. No porque ignore, como el hombre que duda, dónde está la razón, sino porque no alcanza a quitar la razón del todo a nadie, ni a dársela a nadie por entero... Por eso, en los dos lados, le miran con desconfianza. Por eso, muchas veces, desde muchos lados, le lapidan...»

Me he referido a lo catastrófico de las consecuencias de esta renuncia al centrismo. En nuestra historia próxima, el insólito transaccionismo canovista proporcionó a España cincuenta años de paréntesis al cainismo denunciado por Larra -«Aquí yace media España. Murió de la otra media»-: paréntesis que produjo, entre otras cosas, un florecimiento cultural sólo equiparable al del Siglo de Oro, y un extraordinario impulso hacia el desarrollo; en cambio, el rupturismo de un Azaña, de un Largo Caballero, cosechó, apenas cinco años después de proclamada la II República, el horror de una guerra civil seguida por un largo periodo definido asimismo -desde el otro extremo- como el insalvable abismo entre «España y anti-España».

Sin llegar -por fortuna- a su proyección radical en situaciones históricas extremas, como las que acabo de mencionar -situaciones desconocidas para las generaciones nuevas, sumidas, por defectos de educación y de formación cultural, en la ignorancia absoluta respecto a nuestro pasado próximo o lejano, y no aleccionadas, por tanto, para evitar el retorno al mal ya padecido-, ese «blanco o negro» vuelve a repetirse ante cualquier intento de matizar, o de evitar confusionismos cuando nos enfrentamos a una preocupante coyuntura histórica. He observado, en numerosos comentaristas de la actualidad mundial, la tendencia a identificar como «antiamericanismo» el rechazo de cuanto representa la errónea y lamentable Administración Bush. Yo me atrevería a pedir un poco de prudencia a los que, en su afán de salvar el prestigio, o los méritos, de los Estados Unidos, se creen obligados a defender a capa y espada, contra toda evidencia, la figura del Presidente y su catastrófica decisión de atacar a Irak: sin tener en cuenta que son innumerables los norteamericanos que lo condenan. Acabo de leer el libro de Clarke «Contra todos los enemigos», que tanto nos enseña sobre la realidad de los generosos empeños «liberadores» abrigados por Bush y su pandilla con respecto a Irak: «En ningún lugar de la lista de cosas que se deberían haber hecho tras el 11 de septiembre figura la invasión de Irak -afirma Clarke-. Las cosas que teníamos que hacer hubieran requerido una enorme atención y recursos. Pero no había recursos disponibles porque se estaban destinando a Irak» (pág. 307 de la edición española). Sería conveniente que leyeran este libro los exaltados defensores del «Imperio» y de su Presidente. Sería también de desear que cuando alguien -tal mi caso- se ha mostrado favorable a la retirada de las tropas españolas de Irak no se deduzca, como inevitable consecuencia, que el opinante «se ha pasado a los socialistas», y, por supuesto, con algún beneficio material en pago a «su

servicio». Siempre estamos en lo mismo: lo negro -lo blanco: sin matices intermedios.

He leído también, últimamente, un admirable y documentadísimo estudio -aún no publicado- sobre el inicuo juicio seguido, en julio de 1936, contra don Manuel Romerales Quintero, comandante general de Melilla, al producirse el alzamiento militar que desembocaría en la última, y más atroz, de nuestras guerras civiles. Si hay un acontecimiento histórico vivido por mí en carne viva, es el que tuvo lugar en aquella fecha y en aquel lugar. Pues bien, entre lo blanco y lo negro se dio a escoger a los dignos oficiales que, convocados a su despacho por el general cuando tuvo noticia de la conspiración en marcha, le acompañaban al producirse la irrupción de los conspiradores en el local. «¿Está usted con nosotros o con el general?». Salvo el caso de los que estaban en la trama, la contestación exigida por el verdadero honor militar -la lealtad al poder legítimamente constituido-, «Estoy a las órdenes del General», se interpretó de inmediato -y luego en los amañados juicios que siguieron- como «estoy con la revolución roja» frente a «la civilización cristiana». Por supuesto, el benemérito y bondadoso general Romerales ni era la «revolución roja» ni estaba con ella. Menos aún, los jefes y oficiales sorprendidos en su despacho. Pero en nombre de la civilización cristiana y en contra de la revolución roja -por muy cristianos que ellos fueran, por muchos méritos que a favor de la patria hubiesen contraído- se les llevó al paredón al cabo de un más o menos prolongado calvario (a Romerales, de inmediato). Lo blanco frente a lo negro.

Me temo, a la vista de los planteamientos radicales de unos y de otros en torno a cualquier circunstancia opinable, que esa fatal predisposición a formar, sin paliativos, en posiciones implacables y excluyentes sigue vigente en nuestro país. Y que, por tanto, sigue siendo una triste realidad la tremenda advertencia de Machado: «Españolito, que vienes / al mundo, te guarde Dios: / una de las dos Españas / ha de helarte el corazón».